

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D.^a Carolina Sorel.—*Las Cuatro Majestades*, por D.^a Angela Grassi.—*Un buen amigo* (poesía), por D.^a Antonia Diaz de Lamarque.—*La Décima Musa* (continuación), por doña Micaela de Silva.—*Bibliografía*.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 829.—*Grabado de Labores*, núm. 51.

REVISTA DE MADRID.



L'Otoño, la estación mas deliciosa bajo el privilegiado cielo de Madrid, es tambien la época del año que mas risueña se presenta á la imaginación de los niños, y aun de las señoritas, cuando una educación viciada no las ha acostumbrado á diversiones adelantadas á su edad.

¡Las vacaciones! Objeto de las esperanzas, de los deseos de la niñez. ¿Quién de vosotras, lectoras mías, no recuerda con qué impaciencia contaba las semanas, los días y aun los minutos que faltaban para llegar á una época tan deseada? Es verdad que en la sociedad actual, las vacaciones duran todo el verano para la mayor parte de las familias bien acomodadas, pero aun para estas, la temporada mas agradable del año en el campo, es el Otoño, en el que la recolección de los frutos y la vendimia son la ocupación mas entretenida para los niños, y dicho se está que lo es á la vez para sus amantes madres. ¡Con qué placer los miran correr por el bosque, trepar á los árboles, ó entretenerse en juegos ó ejercicios ruidosos, sin cuidarse del porvenir! ¡Cómo las lisonjea ver á las niñas jugar al aro, saltar en la cuerda, bailar en la rueda, sin que en sus candidas frentes se dibuje un pensamiento que turbe su dicha! En fin, llega el mes de Octubre, y las familias dejan el techo hospitalario de ramaje que las cobijó en el buen tiempo, y regresan á la ciudad, donde las aguarda la temporada de ferias, que tambien trae cosecha de regalos y juguetes á los niños, antes de volver al colegio.

Con las ferias ha recobrado la corte su acostumbrada animación, porque aunque las ferias de Madrid pertenecen ya á la historia antigua, con el tiempo en que se evoca su memoria coincide la del regreso de las familias acomodadas, que por costumbre ó por Moda, emigran como las golondrinas, á climas mas frescos en los meses de verano.

Y en verdad que serian ingratos estos seres privilegiados de la fortuna si se mostrasen descontentadizos de la manera con que Madrid los recibe. El colegial encuentra en el Prado la ocasión de darse infulas de hombre de ciencia contemplando con el gran telescopio los montes de la luna, los alegres contornos del planeta Vénus ó los satélites de Júpiter, y las mamás carruajes de todas formas tirados por mulitas, corzos, perros, cabras, borregos y otros animales donde pasear á sus bebés.

Es cierto que han terminado las deliciosas noches del Prado, de tan gratos recuerdos, pero en cambio principia la temporada teatral bajo los mas lisonjeros auspicios. Seis coliseos, uno de ópera italiana, tres de verso y dos de zarzuela han abierto ó están para abrir sus puertas, y todos ellos ofrecen el aliciente de la novedad en obras de acreditados poetas, ejecutadas por distinguidos actores, que justamente gozan las simpatías del público madrileño. Este ha correspondido al celo de las empresas cubriendo los abonos de las localidades privilegiadas. Bien necesitan aquellas de un año próspero si han de resarcirse de las pérdidas del pasado, que principió bajo la influencia maléfica de una epidemia desoladora.



Mas tarde se abrirán los salones, y es de esperar que en su privilegiado recinto reinen este invierno los placeres y brille la Moda en todo su esplendor.

Pocas veces los almacenes han ofrecido objetos mas ricos y de un gusto tan esquisito como los que ostentan hoy sus escaparates. Dificil empresa seria la de dar una reseña de sus nombres y detalles; además, con ella privaríamos á nuestras apreciables lectoras del placer de la sorpresa que causa siempre la novedad, mas especialmente en los hermosos dias que llevamos, tan propios para una de las ocupaciones favoritas de las madrileñas: *ir á tiendas*.

En estas correrías matinales, vemos frecuentemente á las reinas de la Moda, en sencillos trajes de *negligé*, para ostentar mas tarde otros lujosos y

elegantes en magnificas carretelas que en columna cerrada desfilan en el pequeño espacio que media desde el Museo de Pinturas á la Fuente de la Alcachofa, estendiéndose en dobles hileras por la feria hasta el Santuario de Nuestra Señora de Atocha, Patrona de Madrid.

Madrid, que como una madre abandonada de sus hijas predilectas ha languidecido sola y triste por espacio de tres meses, las acoge hoy risueña, y se envanece con su regreso. Ellas le devuelven la animacion y la vida, necesarias á su prosperidad: sin ellas, dejaria de merecer el título de la corte de España; volveria á ser únicamente la Villa del *Madroño*.

GAROLINA SOREL.

INSTRUCCION.

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

LAS CUATRO MAJESTADES.

IV.

—¿Cómo? exclamó el hermoso mancebo, cuya frente estaba coronada de rayos, ¿qué osas decir, insensato? ¿Sobrada es tu jactancia! ¿No sabes que sin mí nada estaria animado: los fluidos no circularian, la tierra se presentaria árida y seca, y no existiria ningun sér viviente!

Yo simbolizo la luz, el calórico y el fuego, niña. ¡Nada te diré del sol que vivifica cuanto existe! ¡No solo el hombre, no solo los animales, no solo las plantas y las flores le adoran reverentes, sino que hasta le adora el informe pólipo adherido á la roca, y las algas que vejetan en el fondo de los mares!

No te hablaré de la luz que yo produzco, ¿quién no bendice esa luz hermosa que ilumina los cielos y la tierra?

Muchos sábios del mundo han afirmado que al calórico era debida la formacion del Universo. Yo no me ensoberberé con su opinion, pero sí afirmaré con noble orgullo, que soy el principal agente de cuantas maravillas asombran á los mortales.

¡Ah! ¡Bien hizo ese presuntuoso de confesar que el Dios *Homa*, adorado por los Persas, simbolizaba luz-palabra, porque solo uniéndose conmigo pudo participar algun tanto del culto de los Dioses!

¡Esplendoroso sol, fuego brillante, yo fui el emblema de la divinidad increada, ante el cual doblaron la rodilla los sencillos pueblos primitivos!

¡Al fuego daba la preeminencia sobre cuanto existe el divino Zoroastro, legislador de Persia, al fuego que todo lo anima, que todo lo purifica, que todo lo embellece!

Antes de los Persas, los Indios me adoraban bajo el nombre de Agni. ¡Bello culto! ¡puras ceremonias, que lloro haber perdido!

¡Allí presidia al hogar doméstico: yo era el centro y el símbolo de esa santa y triple union del hombre, la mujer y el niño! Así, ¡con qué fervido entusiasmo evocaban mi existencia, haciendo brotar la divina chispa del roce de dos flores compañeras! ¡Con qué minucioso afán la mujer cuidaba de que creciese dándome por alimento secas hojas, y con qué solicitud conservaba mi naciente vida en el hogar, acariciándome con el blando soplo de su aliento!

¡Oh, sí, entonces yo era el buen compañero de la familia, el que hacia sonreír hasta al lóbrego invierno, el que alegraba las cabañas! ¡Yo era el fiel testigo de esa vida interior, tan llena de suaves emociones, de encantos inefables!

¡Aquellos hombres pasaron, pero aunque menos tierno, jamás carecí de culto! ¡Homa en Persia, Agni en la India, Apolo en Atenas, Mithra en Roma, y Sol en la virgen América, por do quiera fui objeto de amor, veneracion y asombro!

Pero dejando aparte mi divinidad indisputable, ¿qué es lo que te decia el Rey de los vientos, del crepúsculo y de la aurora?

Cuando los rayos del sol, partiendo del Oriente, llegan á la atmósfera de la tierra, y encontrando las masas de aire tuercen su direccion ó se quiebran, convirtiéndose en una lluvia de oro que ilumina los objetos, ¿crees tú que esto lo hace el Sol, vencido, humillado por el poderío de ese soberbio Monarca? ¡No, mil veces no!

La luz, obedeciendo á las sábias leyes de refraccion que yo la impongo, es la que se digna admitir el concurso del aire para obrar ese portentoso.

Y la maravillosa aurora, ¿podria existir sin el astro de quien es hija?

En vano el aire amontonaria sobre la atmósfera sus nu-

bes transparentes, que quedarían opacas, ó cuando menos de un ceniciento azul, si los reflejos próximos ó lejanos del mayor de los planetas, no los vistieran de brillantes y hermosos tornasoles!

Es cierto que esa terrible majestad suscita las tormentas, pero ¿quién inflama las nubes? ¿quién hace brillar el relámpago? ¿quién engendra el rayo? ¿qué serían sin relámpagos ni rayos las tormentas? ¡Nada mas que un ruido!

Y si obedeciendo á su voz el céfiro reemplaza al aquilón, la calma sucede al estruendo, ¿quién hace aparecer el arco iris, signo de concordia entre el cielo y la tierra? ¿Quién reflejando sus rayos en las gotas de agua, y haciendo que los primeros se quiebren dos veces y refracten una, produce esos siete maravillosos colores, tanto mas bellos y vivos, cuanto contrastan con la oscura nube, que se esfuerza en vano por extenderse é invadir el horizonte?

¡Yo soy el gran pintor de la naturaleza! Mi luz es la que da á las flores sus matices, sus pintadas plumas á las aves; es la que convierte en perlas y diamantes las aguas temblorosas del arroyo; la que cubre con un manto azul la bóveda del cielo; la que cubre con un manto verde la superficie inmensa de los mares!

¡La luz! ¡la luz!... ¡Imágen perfecta de la inmortal belleza!

¿Has contemplado alguna vez, niña, ese asombroso fenómeno, llamado eclipse del sol y de la luna?

El eclipse se efectúa cuando la luna, que es un cuerpo opaco y naturalmente oscuro, hallándose situado en línea recta, ó casi directa entre el sol y la tierra, oculta al primero, y arroja sobre la segunda, en medio del día su sombra tenebrosa!

¡Qué espectáculo aquel!

¡Las aves corren á buscar el amparo de sus nidos, las plantas doblan su tallo, la naturaleza enmudece, y el hombre se postra de rodillas, transido de terror, pensando tal vez en aquel momento en que se rompan los ejes de los mundos, y el Juez Supremo aparezca en los espacios!

Pues bien; ese fenómeno te dará una imperfecta idea de lo que sería la tierra si el sol la negase el beneficio de sus rayos.

¿Y qué te diré de la electricidad, que es aquella materia ó fluido que por su movimiento produce atracciones y repulsiones, y que no es mas que una modificacion del fluido ígneo?

Una de sus maravillas es la aurora boreal; es aquel resplandor magnífico que se presenta hácia el equinocio, y se va comunicando á otras nubes, de las cuales al fin salen unas ráfagas blanquecinas que se estienden hasta el zénit; convirtiendo el cielo en una hoguera.

La electricidad, atraída por los palos de las embarcaciones que vogan con rapidez, ó por las puntas de las rocas, es la que produce esas hermosas centellas, conocidas bajo el nombre de *fuego de San Telmo*.

La electricidad enjendra esos globos de fuego, meteoros espantosos, que se muestran algunas veces á una altura considerable, arrojando á la tierra, en medio de horribles detonaciones, una lluvia de piedras inflamadas.

También tienen su origen en la electricidad las sober-

bias *trompas marinas*, cuando el fluido hirviente de los mares arroja hasta el cielo una columna de agua, que va á unirse con una nube, la cual, absorbiendo el agua, produce un ruido sordo, como el de un gran torrente, acompañado de truenos, relámpagos y rayos.

¡Imposible me sería, niña, describirte todas las maravillas de la luz, todos los portentos de la electricidad; concretémoslos, pues, al fuego que la tierra esconde en sus entrañas.

¿No has oído hablar del imponente espectáculo que ofrece la erupcion de los volcanes?

Anuncian la catástrofe espantosa siniestros ruidos subterráneos, parecidos á los que produce el trueno, y el negro y espeso humo que estiende sobre la atmósfera un velo funerario! Por fin, el volcan estalla, ¡qué escena de horror entonces! Nada puede dar una idea exacta de la gigantesca columna de fuego que se eleva mujendo hasta las nubes, de los globos luminosos que arroja lejos de sí el cráter inflamado, de los rios de lava candescente, que bajan por los flancos de la montaña, y cubren los campos, sepultan las ciudades, y todo lo llenan de desolacion y ruina!

¡Espectáculo aterrador que muestra al hombre mi poder, que le enseña á bendecirme, si llevado de mi enojo por su insultante indiferencia, no abraso los ámbitos del mundo!

Pero no; mi reinado es todo luz, es todo amor... ¡Puedo hacer el mal; quiero hacer el bien!

A mí me deben su existencia los seres animados, porque es preciso para vivir que cierta porcion de calórico conserve el movimiento de la sangre: del mismo modo, yo conservo la rama en el boton, la planta en la semilla y el embrion en el huevo.

¿Y la industria humana, qué sería si yo no la prestase mi poderoso auxilio? Al contacto del fuego, se ablandan el diamante y el duro hierro: no hay ninguna materia, por fuerte que parezca, que se resista á su accion devoradora.

Si hace alianza con el agua, produce maravillas; las produce si se digna hacerla con el aire.

Merced al fuego, rujen diseminadas por el globo esas máquinas gigantes, que centuplican los esfuerzos del hombre y dan por resultado mil hermosos artefactos, que aseguran su riqueza.

Por él devoran el espacio esas soberbias locomotoras, que hermanan entre sí á los hijos de ambos polos.

Por él, las naves que antes vogaban á merced del caprichoso viento, surcan los mares con fijo y seguro rumbo, llevando por do quiera los milagros de la industria.

Por él, en fin, suben esos mónstruos alados, que se llaman globos aereostáticos, á enseñorearse del espacio y á buscar al través de los aires la ruta de lo infinito.

Sol, luz, electricidad y fuego, ¿crées, niña, que ninguna otra majestad posea los atributos de la mia?

ANGELA GRASSI.



LITERATURA.

UN BUEN AMIGO.

Entre las ramas de fuerte encina
Tímida alondra cuelga su nido;
«Hé aquí mis hijos, — tierna le dice, —
A tus cuidados fiel los confío.»

«Tú de mis padres, árbol frondoso,
»Fuiste algun día pródigo amigo:
»Sé tu firmeza, sé tus virtudes
»Y ora anhelante busco tu auxilio.»

«Gracias,» el árbol grato murmura:
Luego sus ramas tiende propicio
Para que puedan las avechitas
Hallar en ellas cómodo abrigo.

Fieros en vano rujen los vientos
Y se desatan duros granizos;
Bajo el ramaje que los guarnece
Salvos la alondra mira á sus hijos.

Nidos buscando los cazadores
Montes y valles corren impíos,
El árbol fuerte une sus hojas
Y su tesoro guarda benigno.

«Sucumbo—dice—si por desdicha
»De éstos incantados oyen los píos:
»Mas nada importa, salvarlos quiero;
»Completo sea mi sacrificio.»

¡Y al fin los salva! ¡Prez á su anhelo!
En las auroras de Abril florido,
Desde su seno, con trinos dulces,
Cantan en coro los pajaritos.

«¡Oh Primavera! Si á tí llegamos
Á este gran árbol lo hemos debido.
¡Feliz mil veces quien su existencia
En manos pone de noble amigo!»

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

LA DÉCIMA MUSA.

(CONTINUACION.)

Cuando me retiré á mi cuarto, vi á María muy afanosa preparando las faenas del día siguiente, y colocando cada cosa en su lugar. Silvano cogió un candelero y subió tras de mí al aposento que me habian destinado, María le siguió con la mirada y exclamó: ¡Pobre muchacho! ¡Si no fuera tonto escusaba pasar malos ratos por quien no se los agradece!

—Y bien, señor, me dijo el bueno de Silvano apenas se vió á solas conmigo, ¿comprendeis ahora que mejor hubie-

rais hecho en dejar que me tirase de cabeza en el río?

—Eso no me lo preguntéis á mí, contestéle sonriendo; abajo está quien os puede contestar mejor que yo.

—Qué decís, me preguntó admirado y como si hubiera entendido mal.

—Digo que María os dirá que no debeis pasar malos ratos por quien no los agradece.

—¡Ay! por eso no quiero pasarlos sino concluir de una vez. ¡Afortunadamente la Creuse no está muy lejos!...

—Mas cerca está María, esto es lo que tengo que responder, y hareis bien en acordaros del consejo que os dá un amigo.

Preocupado con la suerte de aquella familia y distraído con la bulla que metian las ratas, casi no cerré los ojos en toda la noche; cuando iba rindiéndome el sueño me despa- viló el ruido que metia el mayoral aparejando á la Corza: el sol se levantaba, yo hice otro tanto, y fuíme á dar una vuelta por el jardín. Allí encontré á Elena que al verme sonrióse y me saludó con cierto airecillo de proteccion que me hizo gracia. La luz del día no la hizo desmerecer ante mis ojos; parecióme una muchacha linda, y si no hubiera sido por las ínfulas que tenia de ser la décima hermana de Apolo, cualquiera se daría por muy satisfecho de tener una hermanita igual.

El jardín tenia una puerta al campo; invítela á dar un paseo á orillas del río, y no tuvo reparo en aceptar mi brazo; mas de hora y media duró el paseo y en él departimos agradablemente como dos buenos y antiguos amigos.

El sueño de mi heroína era la gloria; toda su ambicion se cifraba en conseguirla por medio de la literatura. No hubiera trocado el título de poetisa ilustre por el de reina del mundo. París le parecia el camino mas fácil para encumbrarse hasta la cima del Parnaso, por eso soñaba con ir cuanto antes á París.

—¿Y abandonareis sin pesar el pais en que habeis nacido? la pregunté suspirando. ¿No amais el suelo pátrio?

—Porque le amo deseo inmortalizarle con mis cantos, respondiome con la mejor fé del mundo. ¡Oh! añadió con entusiasmo. La Creuse no tendrá nada que envidiar á Lesbos ni á Vaucluse.

—Es decir, que preferis el ruido al silencio, la lucha y agitacion á la calma, el polvo de la ciudad á la frescura de la selva.

—Debo seguir la ruta que me ha trazado el destino, respondió la infatuada jóven. El águila debe subir á la montaña.

—Cuente que no sea para despeñarse, dije sin poder contenerme. ¡Mirad, Elena, que os engañan, que sino teneis cuidado van á perderos!

—¿Quién me engaña? ¿Quién trata de perderme? preguntó la jóven con una sonrisa maliciosa.

—Permitidme que os cite un ejemplo, dije yo con mucha calma. Una jóven linda, juiciosa y buena como vos, vivia con su madre bajo el cielo de la Bretaña, y era feliz. No sé cómo se desarrolló en ella el gusto á la poesia, y va-

rias de sus composiciones llegaron, como las vuestras, á manos de un gran poeta; éste la escribió algo parecido á lo del *Aguila y la Alondra*, y la pobre muchacha se lo creyó buenamente: dejó su casa y fué á París, creyendo como vos hacer fortuna, y ¿sabeis lo que resultó? La miseria mas horrorosa; la infeliz murió sobre un jergon...

Elena hizo un gesto, que yo traduje por estas palabras: «Esa jóven no tendria el talento que yo...»

—Hace pocos dias, la dije, murió en París un gran poeta, ¿y sabeis dónde ha muerto? En el hospital... De todos cuantos ahora se indignan al recordar su pobreza y abandono; de todos cuantos visitan su sepulcro y llevan á él coronas de siemprevivas, ninguno le tendió la mano mientras vivia, ni uno solo asistió á su agonía...

—¿Teneis ganas de reir? me dijo Elena con aire de incredulidad.

—Al contrario, lo que tengo es gana de llorar.

Entonces la pinté los escollos y arrecifes de la vida literaria, los engaños del mundo; estuve duro, inflexible, casi grosero.

—Os haceis ilusiones, la dije. No porque tengais facilidad para la versilicacion y una fantasía lozana, se os figure que sois una poetisa marcada con el sello de Dios... ¡Cuántos hombres, en iguales circunstancias, han entrado en París con la cabeza muy erguida, y han tenido que salir con la cabeza baja! No es lo mismo hacer proyectos que realizarlos. Las ramas que de lejos nos parecen cargadas de frutos, de cerca nos muestran hojarasca y espinas; los senderos que nos parecian alfombrados de flores lo están de horrigas, ó son resbaladizos; las manos que nos brindaban apoyo se retiran, el porvenir nos hace traicion, la gloria se nos escapa. ¡Dichosos de nosotros si el génio y el trabajo nos libran de la miseria y el hambre! ¡Hambre y miseria sufrieron hombres cuyo génio admira el mundo! Cervantes, el Tasso, y otros muchos son buenos ejemplos! ¡Escarmentad en su cabeza y dareis mayor prueba de cordura, que aspirando á una gloria que no todos consiguen haciendo versos; si esto bastára, la gloria seria una cosa muy comun en el día!

Reflexionadlo bien, Elena, y considerad los sacrificios que vais á imponer á vuestra familia, los perjuicios que podrán seguirse, y que no podriais remediar por mas que os afligieran. En fin, hablé como un misionero, dije cuanto se puede decir á una persona infatuada y resuelta á embarcarse en el golfo donde se han hundido tantos ilusos, pero fué sermon perdido. Elena me oia como quien oye llover, y á todo me contestaba sonriendo.

—¡Teneis ganas de chancearos!... Ó bien: ¿qué sabemos?... Media docena de veces me sacó á relucir aquello de las alondras y las águilas, tanto que al fin no fui dueño de contenerme y exclamé:

—¡Cabeza de alondra! Bien se conoce que no sabeis lo que es el mundo y lo que son los poetas que han llegado á obtener una grande celebridad. Se ven acosados de cartas y versos que los envian de una parte y otra, y como el mentir no cuesta dinero, y la lisonja es moneda corriente, contestan por cortesía, y á todos escriben poco mas ó menos iguales pataratas: cualquier poetilla puede alabarse de tener alguna carta por el estilo de la vuestra, sí, como vos,

ha tenido la ocurrencia de dirigir sus versos á un poeta mimado por la gloria. Desengañaos, amiga mia, esa carta que os ha llenado la cabeza de ilusiones no es mas que una circular que corre de provincia en provincia.

—Y de la cual supongo que tendreis en el bolsillo algunos ejemplares, dijo Elena burlándose y riéndose en mis barbas.

—¿*Chi lo sa?* dije yo tomándolo á risa, y eso que la obcecacion de aquella muchacha me daba tristeza.

Volvimos á la casa, y varias veces volví á la carga. Una vez la vi quedarse pensativa y como dudosa; creí haberla convencido, y ya me felicitaba interiormente, cuando de pronto exclamó, pasándose la mano por la frente:—No, no, el que no se embarca no cruza la mar. ¿Os parece que debo pasar mi vida encerrada en una taberna?

—¡No lo quiera Dios! exclamé con prontitud; no es ese vuestro lugar, puesto que os han educado para vivir en otra esfera... pero si mal no recuerdo, vuestra madre me ha dicho que os brindaban con la plaza de Sub-directora en un colegio, en el mismo en que os han educado. Esa colocacion os convendria, ¿por qué no aceptarla?

Elena, por toda respuesta encogióse de hombros, y luego mudó de conversacion.

Al dia siguiente me despedí de la familia, y estrechando la mano de mi amigo Silvano, aconsejéle que se curase de su amor. Pasé unos dias recorriendo las riberas de la Creuse. Detúveme á visitar varios amigos, y al cabo de mes y medio volví á San Gabriel... Supe que Mad. Vaillant y su hija estaban ya en camino para París; el bueno del padre, lo sentia por una parte y por otra se alegraba, prometiéndose magníficos resultados para el porvenir. En cuanto á María, me pareció menos risueña, y los suspiros que se la escapaban al oir los halagüeños planes que abrigaba el autor de sus dias, me dieron á entender que no participaba de sus quiméricas esperanzas.

—Por fin se marcharon, dijo, apenas se vió á solas conmigo. ¡Se han marchado! repitió enjugándose una lágrima con la punta de su limpio delantal. ¡Sabe Dios cuándo las volveremos á ver! ¿Qué será de mi madre y de mi hermana, solas, y desconocidas en una poblacion tan grande? Yo bien sé que mi hermana tiene su lira, pero francamente, mejor quisiera que tuviera un buen marido. Mi padre ha vendido sus tierras. ¡Quiera Dios que no tenga que traspasar el establecimiento! Y entonces, ¿qué será de nosotros?

Al decir esto, por uno de sus arranques infantiles echóse á reir, y yo hice otro tanto. ¡Vaya por Dios! añadió llorando y riendo á la vez, como un dia de Abril... ¡Y ese tonto de Silvano que da lastima verle!... Ni come, ni bebe, ni duerme, ni hace cosa de provecho; se le pasa el día llorando; se ha puesto mas sequito que un arenque salado, mas amarillo que el caldo de azafran.

—¡Valiente majadero! exclamé; yo en lugar de Silvano, ya hubiera encontrado quien me consolára, y no tendria que andar mucho; ¿cerca tiene la medicina!

María se puso colorada, y con no sé qué pretexto, se fué y me dejó solo, pensando en las locuras á que nos arrastra la imprevision y el exceso de la vanidad.

Por la noche vino Silvano; el pobre mozo estaba en la

piel y los huesos. Para colmo de su desventura, acababa de volcar con tres viajeros, de los cuales uno había recibido fuertes contusiones: el tal viajero entró al poco rato hecho un basilisco, y amenazaba romperle la crisma, prodigándole los epítetos de ¡bruto! ¡bestia! y otros muchos, nada honrosos. Silvano á todo callaba, pero Mr. Vaillant montó en cólera, y comenzó á hacer duo al viajero, acabando por decir, ¡qué se vaya de mi casa ese torpe, y no vuelva en su vida!

—Padre, dijo María, ese torpe se ha criado en ella, os ama como un hijo, yo le quiero como un hermano, él nos quiere á todos. Daria su vida y cien vidas que tuviera por vos, por mi madre y por Elena: por amor de las dos os pido que no le despidais: él se enmendará de sus distracciones; el pobre chico está malo y no sabe lo que se hace.

—Yo uní mis ruegos á los de María, y entre los dos obtuvimos la gracia del culpable, que á todo se callaba como un muerto; parecía que no iba nada con él; apenas acertó á darnos las gracias. María le sirvió la cena, hizo mil coquetías para obligarle á probarla, pero se le atragantaban los bocados, y tuvo que renunciar á tragarlos.

Por la noche vino á mi cuarto, ¿á qué direis? pues nada menos que á consultarme acerca de un proyecto que germínaba en su mollera; quería irse á París en busca de una posición literaria; pensaba seriamente en meterse á periodista ó escritor dramático.

—No seais necio, le dije, estais desatinado: el consejo que os doy es que pongais cuidado en no volcar, que os deis mejor vida para engordar un poco, y despues que tengais trazas de hombre y no de espectro, tratad de casaros con la mujer que os ama.

—¿Me ama, decís? ¡Ella, Dios mio! ¿Me ama? ¿Estais seguro?

—¡Vaya si lo estoy! Responderia de que os ama como de que vivo.

—Pero, ¿es ella quien os lo ha dicho?

—En ese caso dudaría. Las mujeres no acostumbran á decir esas cosas, pero dejan que se adivinen, yo me precio de ser buen adivino.

—¿Y habeis adivinado que me ama y vendrá para casarse conmigo en cuanto publique sus poesías?

—Pero, ¿de quién se os figura que hablo? preguntéle de mal talante.

—¿De quién puede ser? ¿Puedo yo casarme con otra que no sea Elena?

—¡Idos á paseo y dejadme descansar en paz! exclamé, dando un soplo á la luz.

Al dia siguiente me despedí de aquella familia. Mr. Vaillant y María me recomendaron á las nuevas parisienses, pero ignoraban todavía su paradero; preciso me fué aguardar á que la fama me lo dijera, y en efecto, á las pocas semanas de haber llegado á París, comencé á ver poesías firmadas con el pseudónimo de la *Musa de la Creuse*. En París no faltan periódicos que, al tanto la línea, publiquen alabanzas y pregones del mérito de tal ó cuál autor. Una mañana, ví anunciada en uno de tales periodiquillos la próxima publicacion de dos preciosísimos volúmenes de poesías, debidos á la pluma de la distinguida poetisa, que desde el fondo de una provincia se había lanzado á París para

ser una de las lumbreras del Parnaso francés. Segun el anuncio, *Las zarza rosas* y los *Ayes del alma* iban á obtener un éxito fabuloso.

Quise averiguar entonces las señas de la casa donde se albergaba la jóven Musa, y la casualidad me ahorró ese trabajo; al salir de mi casa, con intencion de dirigirme á la redaccion del periódico, me encontré con la madre y la hija, las dos muy endilgadas, si bien la primera me recordó el tufillo de la posada y las coles de mi país. En cuanto á la segunda, era otra cosa, y no cometeré la injusticia de negarla su natural finura y distincion, sello que distingue á la mayor parte de las personas de mérito. Su rostro me pareció tan lindo como las flores que adornaban su capota de crespon blanco; su pié lijero calzaba unas botitas de rusel gris perla, y deslizábase por el asfalto con tanta monería como las pajarillas de nieve saltan por las márgenes de la Creuse.

Hicimonos los cumplimientos y preguntas de ordenanza, dijéronme las señas de su habitacion, y quedamos en que iria á visitarlas. En el modo con que me ofrecieron la casa, comprendí que para entrambas seria un pequeño triunfo de amor propio el que yo las viera instaladas en ella.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

BIBLIOGRAFIA.

No es un deber de mera galantería hácia una señora, ni un sentimiento de sincero afecto á una de nuestras eonstantes colaboradoras lo que nos pone la pluma en la mano para recomendar á nuestras apreciables lectoras la linda novela de costumbres que está publicando la señorita D.^a Angela Grassi, titulada *Las Riquezas del alma*; es el deseo de darles á conocer una obrita en la que encontrarán á la par instruccion y recreo. Escusado es advertir, como dice un distinguido escritor en el prólogo que la precede, que *Las Riquezas del alma* no deben infundir ni sombra de recelo á las madres solícitas y sabedoras de que las novelas quizá suelen contener ponzoña mortal entre flores: no es ahora la primera vez que la señorita D.^a Angela Grassi ofrece al público los frutos de su buen ingenio, y acreditado tiene de sobra que siempre sale bien librada la moral de su recatadísima pluma.

Esta novela, premiada por la Real Academia Española en su último certámen literario, constará de dos tomos, y se vende el primero, á 10 rs. en Madrid y 12 en Provincias, en las principales librerías, y en la administracion de *El Cascabel*, calle de los Caños, núm. 4. El tomo segundo está en prensa.



TEATROS.

A juzgar como señal por los breves días que van transcurridos del año cómico presente, parece que para lo sucesivo puede augurarse á la mayor parte de los teatros vitalidad y animación. Los que han comenzado la série de sus funciones están hasta hoy alumbrados, en lo general, por buena estrella, siendo de desear que no la pierdan para que al fin de la pelea pueda el éxito haber coronado sus afanes. Recorramos en espíritu algunos de ellos.

El que en punto á suerte no tiene rival posible es el teatro REAL. En épocas en que los demás coliseos de la corte han arrastrado una vida miserable y lánguida por efecto de diversos acontecimientos públicos; en días en que muchas fortunas grandes y pequeñas han tenido que restringir sus gastos á consecuencia de sensibles crisis económicas; siempre aquel privilegiado recinto se ha visto favorecido por numerosa concurrencia que antes ha dejado á sus puertas una cantidad de oro nada insignificante. Mucho amamos la música, pero en verdad nos impresiona este ciego delirio del público, porque tal preferencia lleva consigo el desden á la literatura patria y al arte español que mientras tanto vive raquítico en los demás teatros.

En la actual temporada, el régio coliseo ha abierto sus puertas bajo los mismos favorables auspicios que en las anteriores.

Tan luego como hubo posibilidad material de hacerlo, una multitud ansiosa acudió á abonar cuantas localidades se le dejaban disponibles. En cuanto han comenzado las funciones, ni un solo asiento ha quedado por llenar hasta en el mas oculto rincón del paraíso.

Se dirá: la compañía debe ser muy famosa y de este modo se explica aquel favor apasionado de la gente. Á esto puede contestarse: la compañía anunciada es buena en lo general, aunque en ella figuran nombres de cantantes desconocidos en Madrid, pero lo mismo sucedería sino lo fuese. En ella están en clase de primeros sopranos y medio sopranos las Sras. Borghi-Mamo, Lotti, Marchisio (Carlota), Penco y Sonrieri; como contraltos las Sras. Biancolini, y Marchisio (Barberina); en el órden de primeros tenores los Sres. Fraschini, Graziani y Palermi; en el de primeros barítonos los Sres. Basini, Storti y Varvoni; para bajos principales los Sres. Medini y Selva, y como buffo el Sr. Scallés. Véase, pues, que se trata de una buena formación, compuesta de artistas muy estimados aquí, ó ya apreciados en su mayoría en el extranjero: supongan ahora nuestras inteligentes lectoras con cuánta ansiedad habrá acudido á la inauguración de las funciones un público que para hacerlo no necesita tan poderoso incentivo.

Dicha inauguración se verificó el día 4 del corriente.

La obra elegida al efecto fué una que revela los gustos musicales del Sr. Fraschini, *La forza del destino*.

Sin que pretendamos ahora juzgar á los nuevos cantantes que en ella tomaron parte, pues para realizarlo no bastan los escasos datos de una función; sin necesidad de consignar las cualidades propias de otros ya conocidos en la

corte, como por ejemplo las Sras. Marchisio y el Sr. Fraschini; diremos que el conjunto de la representación salió homogéneo y regularmente acabado. La ópera por lo tanto obtuvo buen éxito en lo que se refiere á la ejecución, pero no así en lo que concierne á la obra misma pues satisfizo mucho menos que en el año de su estreno. Aquella crudeza exagerada de tintas pareció ya poco digna de celebrarse: en épocas anteriores hubiera causado loco éxito; en el día el gusto de la multitud ha mejorado por efecto de la educación pública artística, y prefiere otras cosas mejores que conoce, sin que por esto niegue á *La forza del destino* la parte de mérito que le corresponde.

Para la salida de la Sra. Borghi Mamo se dispone la bella creación de Paccini, *Saffo*. En breve habrá de ejecutarse.

Pasando de la lujosa y afortunada escena de la música italiana á otra modesta y poco feliz de música española, recaeremos naturalmente en el Circo. De los teatros abiertos en Madrid éste es el que hasta hoy ha presentado menos indicios de lisonjera suerte. Y lo sentimos de veras, aunque ningún lazo nos une con su empresa ni sus actores, porque aquel recinto es el único dedicado á la zarzuela española, considerada bajo un punto de vista formal.

Verdad es que no ha sido muy acertada la elección de la obra con que han dado principio sus tareas. *La cruz del valle* es una producción de débil efecto literario y sin grandes bellezas musicales; y unidas tales circunstancias á la de no ofrecer para el público el incentivo de la novedad, no ha de extrañarse la frialdad con que se la ha recibido. Después siguieron otras zarzuelas de mas valor pero conocidas hasta la saciedad, como *Entre mi mujer y el negro*, *Un pleito*, *Una vieja*, y *Un caballero particular*, viniendo á confirmar mas y mas la ya evidente necesidad de producciones buenas y nuevas.

Veremos si la función que mañana debe realizarse para solemnizar el natalicio de Cervantes, en la cual se estrenará *Las bodas de Camacho*, logra reanimar el abatido ánimo del público: así lo deseamos, atentos solo á la conservación y prosperidad del arte pátrio.

Con el título de *La Juglaresa* se anuncia una nueva obra de ese coliseo de que hablamos: cuando se estrene le consagraremos el recuerdo á que su mérito le haga acreedora.

Ya que de música tratamos solamente en esta revista, dejando para otro día el ocuparnos en los espectáculos de la declamación, debemos consignar que los BUFOS MADRILEÑOS están haciendo su agosto. *El jóven Telémaco* no ha sido para la empresa una obra de esperanzas sino de realidades. Todavía continúa representándose con gusto y contentamiento de gran cantidad de gentes que sólo buscan en el teatro la broma y el pasatiempo. Para tales individuos *El jóven Telémaco* ha sido un fausto hallazgo.

Ahora falta saber si será fácil sostener con novedad y gracia esta entonación burlesca que se quiere constituir en

diapason normal de dicho coliseo. Muchos esfuerzos, constantes é inteligentes han de realizarse para conseguirlo. No dudamos de que se empléen los necesarios al efecto,

pero lo conceptuamos difícil. Tal vez nos equivoquemos. Puede ser.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

Las labores de *Malla guipure* empiezan á adquirir tal importancia, debida en gran parte al gusto de los modelos que se crean, que en breve compotirán en un todo con las de *crochet*, que hasta ahora brillaban sin rival por su mucha utilidad, sencillez de ejecucion y buen efecto. Iguales condiciones reúne la *Malla*, y de ello damos una prueba en el modelo que acompaña á este número, y puede utilizarse para colchas caladas, cubiertas de sillones, de acericos, etc.

Ejecútase primero un cuadro de *Malla* con hilo mas ó menos grueso, segun el objeto á que se destine, y con algodon mas grueso aun se borda encima, segun hemos explicado en labores anteriores: la novedad de la que nos ocupa, consiste en tener el bordado en relieve, y para hacer comprender mejor la ejecucion, van adjuntos dos modelos que reproducen los principales puntos de bordado en tamaño mayor que el natural. Para bordar las aspás que adornan el cuadro, se cubren cada cuatro cuadros de otros pequeños, empleando el punto de *zurcido*, y despues se cruzan de uno á otro extremo en cruz unas hebras, en las que se pasa atravesado el algodon, como muestra el modelo núm. 3. Esto da por resultado un bordado mate sobre el fondo calado del mejor efecto, y de este mismo punto son todas las cruces y el marco del cuadro que ocupa el centro: para el de éste á su vez va el otro dibujo núm. 2, pues como observarán nuestras lectoras, se compone el centro de unas

hebras cruzadas sencillamente en aspa. Por este motivo el dibujo debe principiarse á bordar el cuadro, que se habrá hecho en *Malla* muy clara, y de él va partiendo la colocacion de los demás dibujos, que de otro modo podrian no hacerse con igualdad.

Explicados estos puntos nuevos del cuadro, los demás que constituyen el bordado no necesitan explicacion por demasiado conocidos: uno es el punto de *zurcido* claro que sirve de fondo á las cruces, aspás, y cerco interior del centro; otro el punto de cadena que se hace en círculo, enganchando unos á otros los anillos por mitad de los cuadros: de este punto se cubre el fondo general del cuadro. Seis molinetes van además alrededor del cuadro del centro.

Esta labor, que á primera vista parece complicada, es por el contrario, fácil, sencilla y de un resultado excelente, bien se unan cuadros iguales los unos á los otros, bien se alternen con cuadros de batista bordados á la inglesa, que es su verdadera combinacion. El único inconveniente que esta labor pudiera tener, y desde luego llamamos hácia él la atencion de nuestras lectoras para que lo eviten, es que se escaparán dos cabos al pegar las hebras, lo que deben evitar, asegurando bien cada una á la *Malla* antes de empezar á bordar. Salvando este inconveniente, la labor que nos ocupa á ninguna cede en solidez y buen gusto.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 829.

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de reps de lana, color habana claro, adornado de terciopelo, trencilla y botones negros.

Falda corta con picos muy separados y poco profundos al borde, y terminada por un volantito de la misma tela, riveteado de trencilla negra: terciopelos negros bajan de trecho en trecho por la falda, figurando paños que montan uno sobre otro, recto de abajo el uno, y con pico en el centro el otro. Una trencilla negra sigue la misma forma que el terciopelo, por su parte exterior.

Paleto holgado, montando el delantero y la espalda sobre el costadillo, que se prolonga en pico, y figurando sujetos solo con los botones de terciopelo negro, que siguen toda la costura, para lo cual no se cosen las piezas superpuestas por el borde, sino mas adentro. Un terciopelo y trencillas orillan todo el abrigo y figuran el cuello, que lleva un boton en cada punta.

Botas altas de piel de Rusia.

Sombrero de forma María Stuard, de terciopelo marron

forrado por dentro de seda azul: bridas azules, anudadas por detrás, y grupos de racimos y hojas de parra, de terciopelo marron.

FIG. 2.^a TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de seda verde y forma Emperatriz (sotana), adornado de cintas y botones de terciopelo.

Los terciopelos, combinados en arabescos con los botones, adornan el traje por delante, se repiten en el bajo, en las costuras del costado de la falda, en el pecho, hombros y bajo de la manga, cosidos planos por las dos orillas.

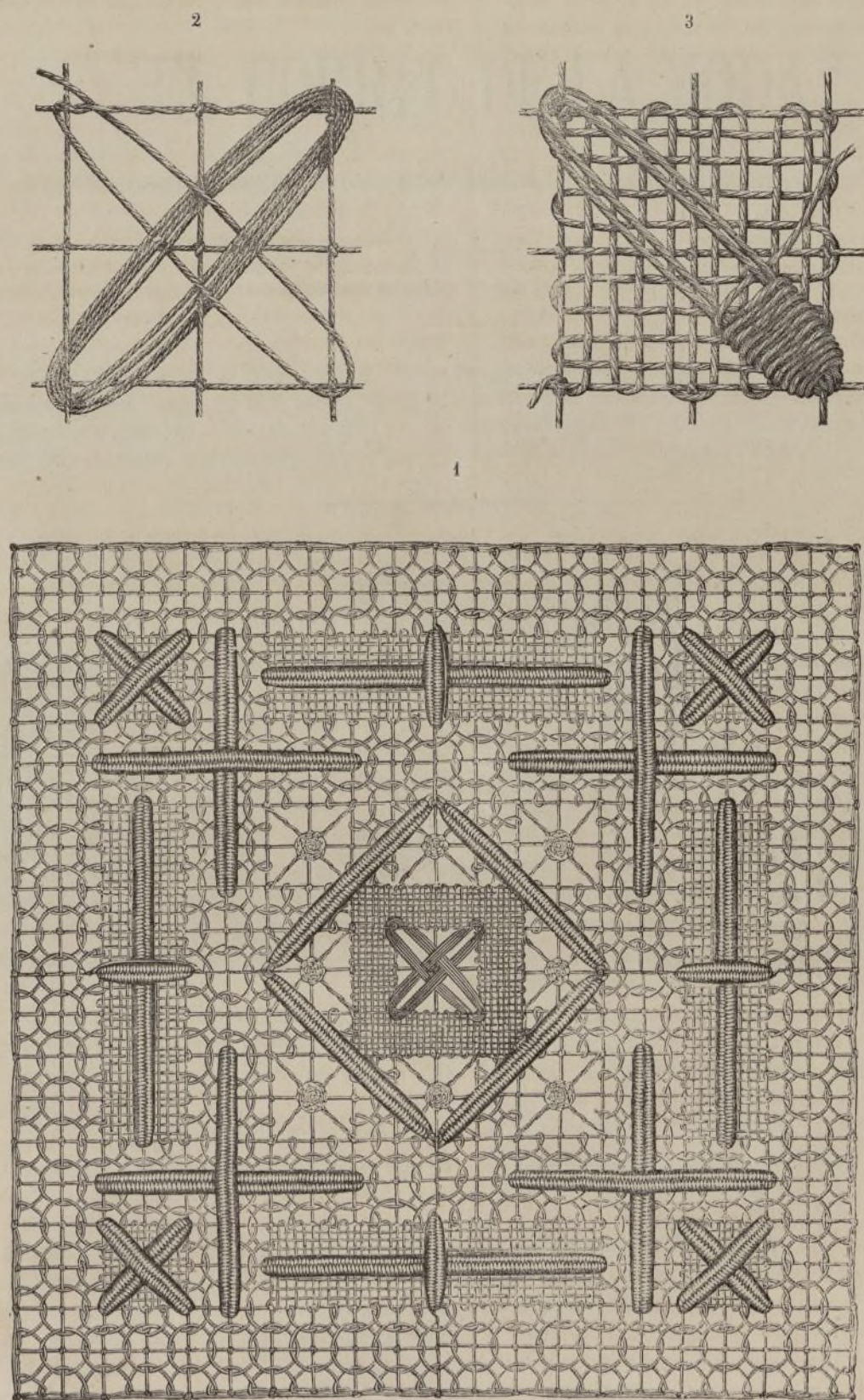
Sombrero Sultana, de terciopelo granate, orillado de perlas, con echarpe de tul, terminado por cinta estrecha al borde: éste pasa de la derecha á la izquierda por delante del rostro, sujetándole en este lado un sprit de pluma, y descendiendo flotante por detrás.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



MADRID.

Calle de las HUERTAS, núm. 37.

Núm. 51.